

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por seis id. 21 »
Por un año. 40 »
Sale los miércoles y sábados.
La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripción cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administración. 15 reales.
Por seis id. 28 »
Un año id. 50 »
ESTRANJERO, tres meses. 30 »
ULTRAMAR, un año. 6 pesos.
Se suscribe en la Habana:—Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripción hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

ADVERTENCIA

En este número termina LAS TEMPESTADES DE LA VIDA, y en el próximo empezará la ENFERMEDAD NOVELSCA

Á TRAVÉS DE LOS BAÑOS MINERALES

(historia de un soltero cursi),

escrita a propósito para el folletín de GIL BLAS por Luis Rivera, y cuyo argumento es tan interesante y abarca tanto espacio, que el PRÓLOGO (por ejemplo) empieza en las nubes y acaba en una fábrica de fósforos.

LO QUE CORRE POR AHÍ

Dentro de poco empezarán los preparativos para la nueva temporada teatral, que promete ser, por lo menos, tan animada como la anterior.

Según las noticias que nos han dado los periódicos, y las que circulan autorizadas por los aficionados, tendremos en el teatro de la Zarzuela una compañía de verso; en el Circo una compañía de bufos, y en el Príncipe otra compañía de verso.

Escusamos añadir que en el teatro Real habrá compañía de ópera italiana, y en los de Variedades y Novedades lo de costumbre: comedias, dramas y quiebras, todo ello preparado por tres ó cuatro empresas que irán sucediéndose á medida que lo reclaman las necesidades del servicio.

TEMPESTADES DE LA VIDA

(Conclusion.)

En esto dió la hora en que acostumbraban llegar los parroquianos. Cada uno quiso ver la adquisición de la bodegonera, y se entabló una discusión sobre el lugar en que se me iba á colocar.

Todo el mundo hablaba á la vez. Este designaba un tabique, aquel otro, un tercero queria que se me pusiese entre las dos ventanas, cuando la mujer entró y puso fin al debate.

—¿Creéis que sacrificaría á este pingajo, dijo ella, láminas que me han costado tan caras!

—¡Cielos! me dije; ¡á lo que he descendido! ¡á un pingajo!

—¿Y qué quereis hacer? la preguntaron de todas partes.

—Un ruedo para los piés, que pondré en la sala amarilla, contestó.

Un millar de centellas pasaron por delante de mis ojos. Un furor salvaje se apoderó de mí, y si hubiera podido tomar por cinco minutos la forma y el vigor de uno de los que me rodeaban, hubiera sin piedad pulverizado á esta mujer, aniquilado á sus sirvientes, incendiado su casa, torturado todo lo que amaba. Me hubiera vengado de un ultraje inaudito, desconocido hasta entonces. Pero de entre aquel auditorio estúpido no se elevó una voz para defenderme. Al contrario.

—Es una buena idea, dijo uno.

—Conservará el suelo, dijo otro.

—Enhorabuena, exclamó un tercero; cuando venga aquí servirá de cama para mi perro.

Este fué el último golpe que me hizo renunciar á todo orgullo. No era más que un pobre sér sin defensa, destinado á servir de juguete al primero que llegase.

—Tú misma, dije á la hostelera mientras me llevaba á aquella odiosa habitacion amarilla; tú misma, mujer sin entrañas, que te crees poderosa porque tienes la

Desde que hemos averiguado que la especulación teatral, tal como ahora se lleva á cabo, es un medio seguro de perder el dinero y la honra, se forman con maravillosa facilidad empresas que apenas tienen que perder alguna de las cualidades mencionadas,—y á veces ni una.

En general el espíritu de independencia que mueve á nuestros actores los lleva fatalmente á contratarse con la primera empresa bajada de las nubes y á renegar de ella al día siguiente de firmar la escritura.

Este fenómeno se repite con tanta frecuencia en el teatro, que podría yo señalar más de un tipo cuya fama en este punto no me dejaria desairado.

Así vemos empresas que se forman sin un cuarto, actores que se ajustan sin saber quién les va á pagar, y autores que dan sus obras confiándose en los otros y en los unos.

Yo no sé si se engañan mutuamente, pero en caso de afirmativa no me dan grandes motivos para alabar su perspicacia.

Una cosa me consta, y es que el público es el único que no se deja engañar, á pesar de que todos cuentan con él.

El público es nuestro paño de lágrimas, y nadie se atreve á indignarse con él á pesar de que muchas veces deja burladas nuestras esperanzas.

Todos trabajamos por complacerle, y creyéndole iniciado en el verdadero arte le dedicamos con el más cariñoso afecto nuestros esfuerzos, nuestras vigiliias y nuestras caras ilusiones.

¿Se abre un teatro? Es por obsequio al ilustrado público, que desea saborear el mérito artístico de nuestros actores. ¡Música!

fuerza de aplastarme, pesas bien poco en la mano del que te ha dado la vida.

¡Ten cuidado! Ya llegará tu vez.

X.

¡Mucho he sufrido en la sala amarilla!

La espuela de los soldados ha surcado mi cuerpo, ha herido mis rodillas. Los viajeros, los mismos animales, han puesto el pié sobre mi rostro.

Más de un ultraje ha pasado sobre esta frente que habian tocado los labios de Magdalena; ¡Magdalena de Loiry, una gran señora!

Llegado al último grado de la miseria, me creia para siempre abatido; pero la casualidad, que me habia encadenado, me devolvió la libertad.

Mientras que, siguiendo mi costumbre, deseaba á la hostelera todos los males que yo sufría, la oí una vez hablar en el corredor.

Un acento varonil y sonoro la respondia, y en el timbre de esta voz me parecia distinguir ecos que no me eran desconocidos.

Los pasos se aproximaban. La hostelera entró, mostró la cámara á un oficial de marcial talante, y le aseguró que estaria muy bien.

El oficial habia llegado á la ciudad con un regimiento de caballería del cual era jefe.

—Francisco, dijo el oficial al soldado que le seguia; una orden superior me retiene aquí esta noche, pero mañana al despuntar el día partiremos para la Ferté-Milon. No deshagas mis maletas.

—Es un perjuicio, mi coronel, respondió el soldado. ¡Está á tres leguas de aquí, y tendremos que esperar doce horas!...

—La orden es formal.

—Madama la baronesa se creeria dichosa con veros.

—Voy á escribirla; tú llevarás mi carta, pues temo por ella las grandes emociones; es preciso prevenirla de mi llegada.

—La dicha no hace daño jamás, dijo Francisco; pero

Esta inestabilidad de las empresas causa extraordinarios quebrantos á la bolsa de nuestros poetas, y no digo á la fama porque afortunadamente esta vive á pesar de nuestros buenos actores.

Los artistas que este año desempeñan la comedia que Vd. tuvo la suerte de ver representada con buen éxito, el año que viene se irán cada cual por su lado, y adios comedia, y adios empresa.

Se vive al día.

En medio de este caos, donde apenas se dejan ya oír algunas reputaciones gastadas, el público pierde la afición, y se aleja cada vez más, y nos abandona á nuestro mérito artístico, que suele ser nuestro mejor castigo.

Quando nos encontramos apurados, cuatro vulgaridades sobre el arte, sobre Calderon y Lope, sobre Romea y la escuela moderna (á la que no se la ve el pelo) nos consuelan y nos fortifican. ¡Adelante!

Ahora que se acerca el momento de organizar las compañías de teatros, me parece el momento más oportuno para sacar á luz un asunto, que aunque en apariencia trivial, suele ser de grandísima importancia.

Lo presento en la seguridad de que el público estará de mi parte, y por ello no le pido que me levante una estatua ni dé una funcion de becerros á mi beneficio.

Esta es la cuestion:
¿Hay motivo, razon ni pretesto alguno para que los

despues de todo lo que ha pasado, su padre muerto, sus bienes perdidos, la señora baronesa tiene necesidad de que la traten con mucho cuidado. Yo voy tambien á ver á mi madre. La buena mujer se quejaria si la abrazase un dia más tarde. ¡Ya hace dos años que nos hemos separado!

—Dos largos años, dijo el coronel escribiendo.

—Y si la señora baronesa supiera cuántas veces habeis arriesgado vuestra vida por arrastrar tras vos el regimiento y arrollar á los austriacos, no os dejaria volver á partir. Porque es preciso ser justo, mi coronel; ¡sois muy vivo en medio del fuego!

—¡Guárdate bien de decirlo, desgraciado!

—Tendré buen cuidado de callarlo, los compañeros lo dirán.

—¡Vamos! Está bien, amigo mio, vete.

El soldado se alejó con la carta; el amo le volvió á llamar.

—¿Hay algun jardin aquí? le preguntó. Quiero coger una flor para Magdalena... para la baronesa.

—No hay, mi coronel.

—¡Lo siento! Hubiera querido enviarla un recuerdo. ¡En fin! la abrazaré mañana. No tardes, te espero.

El mensajero salió, y bien pronto los cascos de su caballo retumbaban sobre el pavimento de la calle.

No se puede juzgar de mi alegría, de mi delirio. Este oficial de brillante traje era René, el esposo de Magdalena, pues habia pronunciado este nombre querido. Despues de la partida del soldado, René cayó en una meditacion profunda. Apoyado en el respaldo de una silla, mirando sin ver, estaba absorto en sus recuerdos.

Sobre su frente serena se notaba la huella de sus pensamientos. Como todos los que han amado y sufrido, recordaba por la milésima vez la historia de su amor, de su destierro, y probablemente el drama terrible que habia absorbido el poder y las riquezas de los señores de Loiry.

De repente su mirada se animó, y sus manos se extendieron instintivamente como hácia un objeto querido. Una emocion de ternura infinita se esparció por su ros-

entre actos sean interminables en nuestros teatros, como si la función no fuese otra cosa que un modo simulado de pasar el tiempo en vez de ser una diversión instructiva?

Conyengo en que esto de malar el tiempo tiene cierto atractivo para los españoles en general y los madrileños en particular; pero no basta á justificar la desmedida extensión de los entre actos.

Todo el que ha viajado por el extranjero—y son ya muchos los que viajan—se asombran de que en sus teatros vaya la gente á ver la función, mientras en Madrid solemos ir á ver entre actos.

He asistido á un espectáculo compuesto de una cortísima comedia, como *Don Tomás*, y una más cortísima pieza, como *Una apuesta*, y ha durado la función desde las ocho de la noche á las doce y media.

¡Dos horas de entre acto! ¡Y el precio de costumbre!

La causa principal de esto consiste en la manera de estar organizados nuestros teatros.

En ellos, como es sabido, el empresario manda en todo lo que se refiere á pagar; pero desgraciadamente aquí suelen terminar sus funciones.

El verdadero dueño, el verdadero despota es el primer actor y director.

Al revés de lo que pasa en el mundo, donde el que paga es el verdadero conde, en el teatro el que paga es el que está atendido al que cobra.

Ni las funciones empiezan con puntualidad, ni se avisa al público anticipadamente por medio de la campanilla ú otra señal el momento de alzarse el telón, ni los entre actos tienen otra medida que la que place darles al primer actor y director.

Sabido es también que los cuartos de nuestros actores son el sitio que sus amigos escogen para reunirse en tertulia.

Y mientras el público se impacienta, y grita, y patea, en el cuarto del primer actor y director se está contando la última aventura de la señora X, ó se comenta el parte telegráfico de la *Agencia Havas*.

En vano el empresario, ó su representante, ó ese otro sér desdichado que se llama *autor* en toda compañía sin haber compuesto ni inventado nada, vienen una y otra vez al cuarto del primer actor y director á pedirle la vena.

tro, tanto más bella cuanto que contrastaba con el rigor del uniforme. La alegría y la piedad resplandecían á la vez en su mirada.

En este objeto miserable y desdichado acababa de reconocer al confidente de su amor.

—¡Tú también, me dijo precipitándose hácia mí, has sido desgraciado! pero serás dichoso.

Querida Magdalena, añadió; en lugar de una flor es un amigo lo que te volveré mañana!

¡Qué buena y complaciente me pareció esta hostelera de corazón duro, que me había humillado, despreciado, reducido á las más viles funciones!

Gracias á ella, había encontrado un protector.

La habitación amarilla me parecía risueña, encantadora, en el momento en que el baron de Vancienes, arrojado delante de mí, paseó sus manos sobre mis heridas, y juró guardarme hasta su último suspiro.

XI.

Al día siguiente el baron me puso á la grupa. Cuando se encontró á cien pasos de la casa donde le aguardaba Magdalena, me puso en manos de Francisco, recomendándome particularmente.

El soldado se adelantó, subió rápidamente el primer piso, y me fijó en la pared de un pequeño salon.

En la pieza inmediata se oían voces confusas, besos, gritos de niños. El coronel abrazaba á su familia. Un cuarto de hora después, Magdalena, radiante de belleza, con los ojos húmedos todavía, Magdalena entró seguida de René, que con cada una de sus manos llevaba asido uno de sus hijos.

—¿Quién puede ser ese amigo tan querido? dijo buscando á su alrededor con emoción. Vamos, René, no me engañéis.

—Aquí, enfrente de vos, respondió René. ¡Mirad!

Magdalena dió un grito, y creía que iba á desvanecerse; pero un torrente de lágrimas brotó de sus ojos y

—¡Que se esperen! dice el sultan, y no hay más remedio. Se espera hasta que se desespera.

¿Por qué no ha de estar marcado el tiempo que ha de emplearse en los entre actos, exceptuándose solo las funciones de espectáculo, ó aquellos actos cuya mudanza de decoración requieren más tiempo, y aun en estos casos anunciándose al público?

Es desgracia de los españoles que hemos de conocer el mal, hemos de estar quejándonos de él diariamente, han de reconocerlo todos así, y nadie pone remedio, como esperando á que lo mande la autoridad, cuando la iniciativa debería partir de los mismos interesados, lo cual sería mucho más digno.

El entre acto, en las funciones ordinarias, no debe pasar nunca de diez á doce minutos, y de esta manera el espectáculo terminaría á una hora regular, conveniente para los que tienen que trabajar al día siguiente, que, por fortuna, todavía hay quien trabaja, á pesar de los malos ejemplos.

Si en lo que digo ando equivocado, dispuesto estoy á reincidir, aunque tenga por ello que sufrir las iras de ese sér privilegiado que se llama *primer actor y director* en todos los teatros, y con el cual casi siempre estoy muy poco conforme en todas partes.

Luis Rivera.

LAS NOTABILIDADES DEL DIA

EN TODOS LOS RAMOS.

—RICORD.

Hé aquí un médico célebre en toda Europa, rico, lleno de cruces y veneras, un personaje, en una palabra; y sin embargo, preguntad á un francés, á un ruso, á un español, si le han visitado en París, si le conocen, y os dirán:

—No le hemos visitado, pero le conocemos de oídas.

Al retirarse del hospital, fué obsequiado Ricord por sus colegas con un espléndido banquete. Entre los circunstantes se hallaba un eclesiástico jóven y de buen humor; el médico le conocía, y al verle corrió á su encuentro con los brazos abiertos.

—Poco á poco, dijo el otro retrocediendo: no tanta confianza delante de la gente; podrán creer los que nos vean que existe entre nosotros una gran intimidad.

Los que conocen á Ricord en España, que son mu-

ocultó su rostro en el seno del coronel, que se esforzaba por tranquilizarla.

—Dejadme llorar, dijo; estas son lágrimas de alegría: René, con vos, con vuestros hijos, era bastante dichosa; pero faltaba bajo mi techo este amigo que me ha conocido pequeña y á quien hablaba de René en su ausencia.

Al presente me hablará de mi padre y de todos esos dulces ensueños que han mecido mi juventud. Vos me lo habeis devuelto, y con él me habeis devuelto la dicha. Pero es preciso que todo el mundo tenga su parte hoy, continuó, acariciándome con una mirada afectuosa; hacedle descolgar, amigo mio.

Fué obedecida. Me tomó por un lado y su marido por otro.

—¿Qué queréis hacer? preguntó este.

—Llamadme loca, mi querido René, ó lo que más os plazca; pero nadie me quitará la idea que estos dos pobres séres se amaban, y que, separándolos, se les ha hecho sufrir cruelmente.

—¡Gran Dios! pensaba; ¿qué quiere decir?

—Vuestra imaginación les hace animarse, respondió el baron con una dulce sonrisa.

—¡No! respondió Magdalena; estoy segura de no engañarme!

En el momento en que pronunciaba estas palabras, entramos en un salon vecino del precedente, y allí...

Allí la que creía perdida para siempre, la compañera de mi vida, mi pastora, en fin, se me apareció encantadora como en nuestros más bellos días.

Magdalena había adivinado. Tenía un alma para comprender nuestra suprema delicadeza.

Si; mi pastora estaba allí, y la baronesa de Vancienes era pobre, mientras que á tres pasos de distancia, bajo aquella tapicería, una fortuna la esperaba quizá.

—¿Veis cómo se miran? continuó Magdalena. Recordad, amigo mio, la felicidad que hemos tenido con vóvernos á ver, y comprendereis la suya.

Si pudiésemos leer en su corazón, veríamos una alegría inmensa, estoy segura.

Te he buscado por todas partes, añadió dirigiéndose á

chos, comprenden las anteriores palabras: á los que las consideren como un enigma, diré que el célebre médico es el *especialista* que más triunfos ha obtenido de la naturaleza.

Combatiendo los estragos de los vicios modernos, ha alcanzado victorias importantísimas.

Sus triunfos inspiran arrepentimiento; por eso los que no se atreven á decir que le conocen, ó mejor dicho, que *los conoce*, en el fondo de su alma le profesan una veneración inmensa.

Ricord posee una preciosa galería de cuadros.

Esta galería es la tabla salvadora.

—Cuando yo estuve en casa de Ricord, dice uno impremeditadamente.

—¿Qué... ha ido Vd. á su casa?

—A ver sus cuadros, que son magníficos, responde con viveza el interpelado, escapándose por la tangente.

Ricord camina con el siglo, ó lo que es lo mismo, va á cumplir 67 años.

En la apariencia solo tiene 50.

Su abundante cabellera está intacta, de un color tan castaño como cuando era alumno de Dupuytren.

Para completar su fisonomía, figuraos una frente no muy espaciosa, pero noble; unos ojos de un azul claro, salientes y vivarachos; una nariz nada más que bosquejada, una boca pequeña con gruesos labios, una barba perfectamente afeitada y con un gracioso hoyuelo, y le conoceréis sobre todo si teneis la costumbre de confrontar señas particulares de pasaportes.

Pero este retrato no basta para conocerle: es necesario ver la bondad, la alegría que refleja su rostro, es necesario oírle, saborear los chistes, las anécdotas que brotran de sus labios incesantemente.

Sus discípulos no han olvidado sus lecciones, que no eran otra cosa que una conversacion amena; y sin embargo, los que le llaman maestro, estudiaron patologia como no se ha estudiado despues en la Escuela de medicina de París.

Ricord hizo brotar la luz del caos de las más difíciles afecciones.

Su principal talento ha consistido siempre en la exploración de los enfermos.

Por regla general estos ocultan las causas, la ciencia los cree, y como parte del error, los resultados son fatales.

Ricord, antes de combatir, trata con diplomacia á su adversario, le busca, le examina, le estudia; ¡por eso triunfa siempre!

Es sin disputa el mejor cirujano de su época, y la historia de la medicina contemporánea registra en sus páginas las infinitas y casi milagrosas operaciones y curas que ha hecho, figurando entre ellas hasta la resurrección

mi. Es necesario que hayas estado muy oculto para poder escapar á mi reconocimiento.

Entonces me acordé de los diez años pasados en el armario.

—Sí, prosiguió; tu pastora te dirá que todos los días he pensado en ti. Tu lugar es allí, enfrente de ella.

Perdonadme, René, la última locura; pero les falta todavía alguna cosa.

¡Aproximadlos más, más todavía!

—No os comprendo, respondió el marido; pero habla vuestra ternura, y obedezco.

—¡Veis bien, dijo ella, que quieren abrazarse!

René tenía ganas de reír; pero respetando la exaltación de su mujer, aproximó al mismo la punta de la tela que estaba encargado de sostener.

Magdalena hizo otro tanto, y con su mano izquierda, apoyando dulcemente mi cabeza contra la de mi pastora:

—¡Los pobres niños! dijo, se debían esto. Gracias, René, estoy satisfecha.

XII.

La casualidad hizo que, bajo la presión de esta mano protectora, el alfiler que se había enmohecido en mi botonadura, encontrase el corpiño de mi pastora é hiciese un largo desgarron.

Allí se encontró al coserle la lista que contenía además estas palabras escritas por Antonio:

En la tumba del abuelo.

Examinando su interior, se encontró en efecto el tesoro.

Magdalena recobró su fortuna é hizo jurar á sus herederos que jamás ellos ni sus descendientes dejarían salir de la familia á el *Señor y la Pastora*.

Los herederos han cumplido su palabra.

FIN.

TIPOS MADRILEÑOS



Un joven que hará suerte á fuerza de sabañones.

de un muerto; es decir, de un individuo á quien la ciencia habia dado por muerto.

Su consulta ha sido y es la más importante de Paris. A todas horas está su casa llena de personas que acuden á implorar sus auxilios, y además va á las casas.

Pero para moverse de la suya necesita que el enfermo sea muy rico ó muy pobre.

En el primer caso... ya Vds. me entienden.

En el segundo, se llena los bolsillos de dinero, y se vuelve con ellos vacíos.

Un día recibió la visita de un potentado turco, que habia conocido en un año á todas las deidades de la Gran Opera, y á todas las estrellas y luceros de los alrededores de Nuestra Señora de Loreto.

—Usted se ha dedicado con demasiado ardor al estudio de la astronomía, le dijo el médico; y ya que es usted aficionado á la ciencia, voy á tenerle á Vd. estudiando un mes *economía*.

El turco, que habia sido muy espléndido cuando se subía á las nubes... de las bailarinas, siguió tan al pié de la letra los preceptos del doctor, que al verse completamente curado le envió una cantidad verdaderamente ridicula.

«Siento mucho que abandone Vd. tan pronto mis cuidados, le escribió Ricord, y lo siento porque todavía me necesita Vd.

»Sabe Vd. economía, pero aun le falta saber educación.

«Espero que enviará Vd. hoy mis diez mil francos al prefecto del Sena para que los reparta entre los pobres de Paris.»

Este hombre que ha sido médico del amor, no ha caído jamás en la tentación de enamorarse.

Toda su vida se la ha pasado entre domésticos.

Hay quien cree que los parientes llamados á heredarle están siempre con el alma en un hilo, temiendo que al fin y al cabo pague su tributo al dios vendado.

Como tiene muy buen humor, se complace en asustarlos.

Y la verdad es, que no faltaria quien le diese su mano, porque además de ser rico, es un viejo muy limpio y muy simpático.

Su amor al trabajo no se amortigua nunca.

Después de pasar seis días oyendo lástimas, los domingos los pasa alegremente en su casa de campo de Morsang, cerca de Savigny.

Las aldeanas le adoran, y él se chaceña con ellas y las colma de obsequios.

En el invierno asiste á los salones, en donde su palabra tiene á cuantos le escuchan con la boca abierta; no falta á las grandes solemnidades artísticas, y se permite

de cuándo en cuándo pasar dos ó tres horas en los bailes de máscaras de la Gran Opera.

Pero aunque se ha disfrazado algunas veces, jamás se ha presentado en estas fiestas con traje de Mercurio.

Gil Blas.

CABOS SUELTOS

Ya lleva recibidas seis grandes cruces el prefecto del Sena.

Es de esperar, en vista de los soberanos que todavía han de visitar la Exposición, que Mr. Hanssment lleve á tener dos ó tres calvarios sobre la solapa de su frac.

Nos vienen noticias de diferentes puertos relatando desgracias: en Barcelona se ha ahogado una señora, en Sevilla un chico, en Valencia han matado á un tiburón imberbe, etc., etc.

En cambio en Madrid no se ahoga nadie á no ser de pena, ni hay más tiburones que los caseros.

Varios amigos que se disponen á echar una cana al aire, caminan por la calle de Alcalá derechos á comer (á escote) en la fonda de los Campos Eliseos.
 Ya cerca del Prado se encuentran con otro amigo:
 —¿Quieres venir con nosotros á comer á los Campos?
 —No.
 —Anda, ven.
 —No puedo.
 —¿Por qué?
 —Porque no tengo dinero.
 —No importa, ven, quieré decir que no comerás.

Ha producido gran sensacion en Francia la carta de Mr. de Sainte Beuve sobre la fé y la ciencia.
 La alta posicion, el talento y la fama que goza Sainte Beuve, han hecho de esto un asunto de suma importancia.
 Escusado será decir que opinamos como Mr. Sainte Beuve, y no podemos decir más.

Varias señoras, en compañía de un caballero de bastantes años, entran en el *expres* que sale de Madrid para Paris á las tres y media de la tarde.

Va á sonar el pito, cuando entra otro caballero muy elegante y muy perfilado.
 Sale el tren.
 El recién venido tose, se estira los puños de la camisa, saca la petaca, toma un cigarro, enciende un fósforo y se pone á fumar con la mayor *prosopeya* imaginable.

En seguida, despues de arrojar la primera bocanada de humo, se vuelve á las señoritas:

—¿Las incomoda á Vds. el humo? pregunta muy fino.
 —Mucho, contestó la más resuelta; á mí me hace toser en seguida.

Y el caballerito añadió:
 —Pues vea Vd. lo que es la costumbre, yo no puedo pasar sin tener el cigarro en la boca,—y siguió chupando.

Otro gran descubrimiento.

Un químico de los Estados-Unidos, deseando dar con un medio capaz de acabar con la brutal razon de las guerras, despues de muchos y variados ensayos, ha conseguido al fin su bello ideal.

Un trompo—juguete de muchachos—de la magnitud de una pera grande, formado de materias que solo el autor conoce, erizado en toda su superficie de infinitas, agudas y durísimas puas, es el agente en cuestion.

Este trompo se lia todo él de un modo especial con un alambre sumamente fino electrizado, y se mete en una cajita de acero.

Con este cartucho—llamémosle así—se carga un cañoncito de mucho alcance, construido *ad hoc*, y se dispara sobre el campo enemigo.

Aquí estalla la caja que contiene el trompo, fraccionándose en porciones imperceptibles; en cuyo acto el alambre-cuerda del trompo se desenrolla con tal violencia, que deja al trompo dotado de una accion de velocidad tal por espacio de un cuarto de hora, que formando en su inapreciable movimiento semi-círculos, de más en más extensos, despidiendo unas cien mil chispas eléctricas, verdaderos y mortíferos rayos, por segundo, puede llegar á hacer hasta un millon de víctimas en menos de dos minutos.

Todos los cuerpos al alcance de su accion quedan completamente fundidos, si son piedras ó metales, y enteramente calcinados, si son animales ó vegetales. Tiene, por consiguiente, este inocente aparato hasta la ventaja de ahorrar las inhumaciones.

Pero lo más grande y admirable del tal invento no consiste en declarar á Júpiter un pigmeo en cuanto á matanzas; lo sorprendente é inaudito está en que el autor posee tambien un medio para evitar la accion de los rayos en la direccion que él desea.

Question: ¿es este un medio de evitar la guerra ó de aumentar sus desgracias?

CABOS SUELTOS

Corren rumores alarmantes en el Norte de España sobre la escasez de la sardina.

No se aflijan Vds., que si escasean mucho, iremos á sustituirlas nosotros los periodistas.

Continúan las adhesiones á la *liga de la paz*.

En teoría no hay nadie que no se adhiera á la paz. Pero ¡así somos los hombres! en cuanto se nos figura que alguno nos falta, echamos los trastos á rodar.

Bueno es, sin embargo, que prediquemos la paz, aunque no tanto que nos veamos obligados á declarar la guerra á la guerra.

Nada de guerra, ni siquiera al *infel marroquí!*

Un periódico neo dice que nuestra aristocracia no es más que una *gran consumidora*.

Lo mismo puede decir nuestra aristocracia del bando que defiende este periódico.

Y los dos tienen razon.

Un caballero llegó al café Suizo, pidió café, se puso á leer un periódico, y se quedó medio dormido.

Otro que estaba en la mesa inmediata y deseaba leer tambien el periódico, se acercó á él y le encajó la consagrada frase de

—Caballero, cuando Vd. concluya...
 El otro abrió los ojos.

—Advierto á Vd., dijo, que tengo el sueño muy pesado.

En Paris se hacen comentarios sobre los colores de las músicas militares.

El traje blanco de los austriacos anuncia paz. Pero el plumero rojo de los prusianos pide guerra. Los franceses están que trinan.

Preguntáronle á uno:
 —¿Te gusta Puerto-Rico?
 —¡Mucho! respondió.
 —¿Por qué, hombre?
 —Porque es un país donde todo tiene color; por ejemplo, allí el criado es negro, el vómito es negro tambien, la fiebra es amarilla... ¡Un país de brillantísimos colores!

Dice *La Independencia Belga*:
 «El colegio episcopal de Givet ha pedido una repeticion á la compañía ecuestre de Rancy, pero sin *ecuyeres*.»

Es decir, sin mujeres.
 ¡Dios mio! ¡Condenar así de plano un sexo, al que debemos nuestras madres!

La curiosidad es el aguijon del amor, y el amor es la espuela de los celos.

Una adivinanza inglesa:
 —¿En qué se parece un grano de oro de la Australia al príncipe de Gales?
 —En que debe el sér á Vitoria y puede llegar á soberano.

Digamos con *Figaro*:
 ¡Ch' invencione, ch' invencione!

Acaba de ser canonizada en Tolosa (Francia) una pastora del siglo xvi, de la cual dice el neo-católico Luis Veuillot, que cuando cuidaba el ganado padecía tales distracciones, que Dios, el mismo Dios en persona, bajaba á cuidar de él.

Una cosa así hubiera yo deseado para los versos del doctor Sr. Gil Orozco y Juan.

En un periódico francés encuentro la siguiente lista de los precios que cuestan las sillas en las iglesias:

Sillas enfrente del púlpito con derecho á dos sermones.	4 frs.
Tribuna de coro.	6 »
Asiento de idem.	6 »
Galeria superior (para cada oficio).	50 cénts.
Interior de coro (por oficio).	1 fr.

Este parece ser el precio en los dias de fiesta. Supongo que aumentará en las funciones á beneficio.

PASATIEMPO

Solucion al Jeroglífico del número anterior:—*Locura es dar consejos á un enemigo, pero más locura es tomarlos de él.*

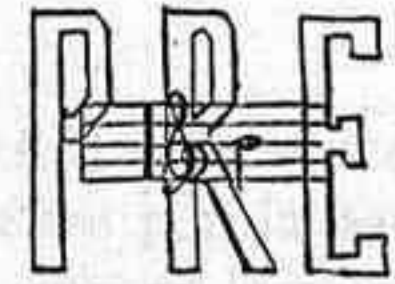
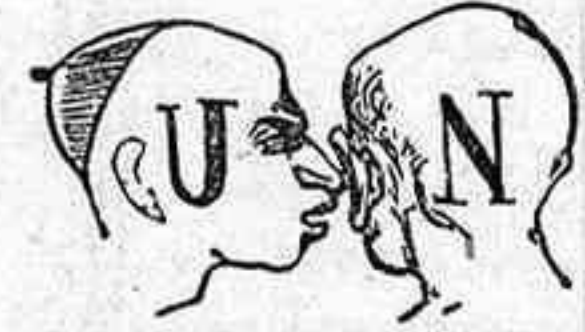
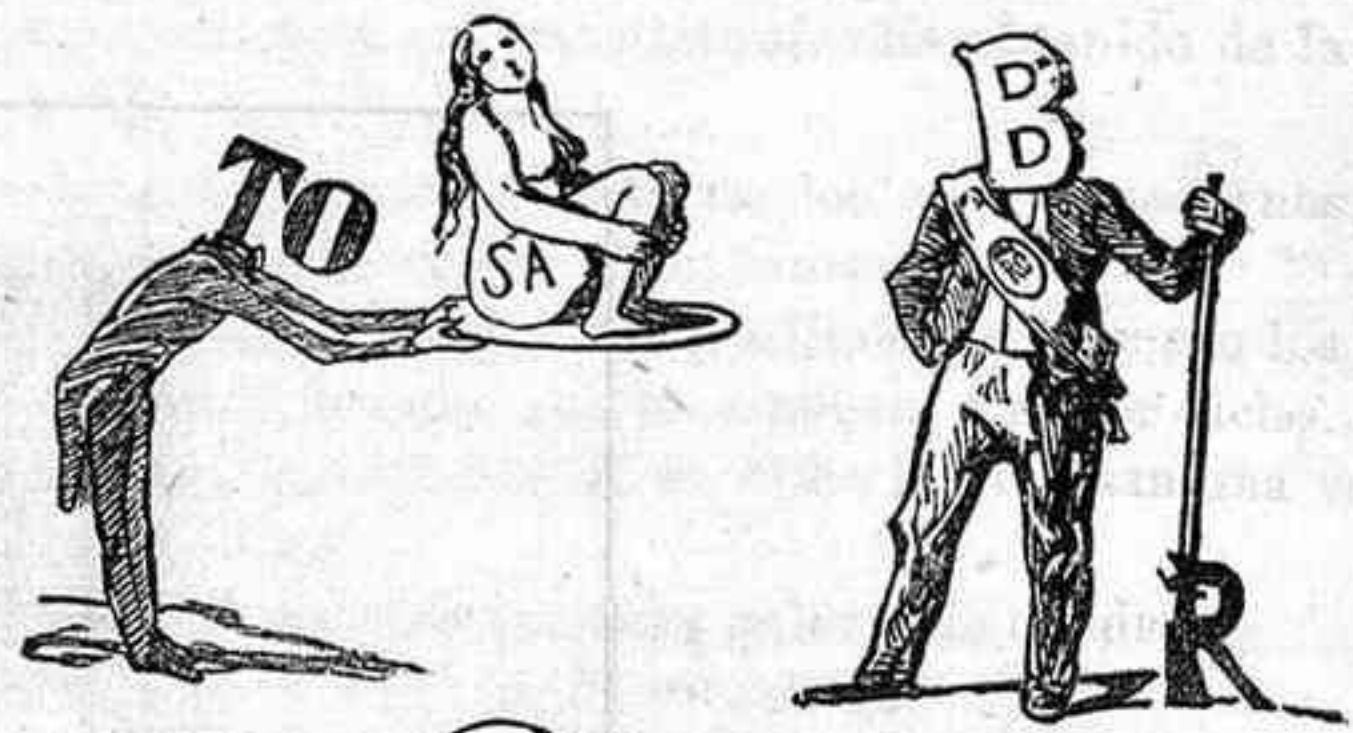
CHARADA

Cuando en mi *prima* libre respiro, cuando en su seno templo mi ardor, feliz me encuentro, solo suspiro por *prima* y *cuarta* ébrio de amor.

Mas si recuerdo que ingrato un dia de *tercia* y *cuarta* pagué el querer, truécase en duelo dulce alegría, brotan mis ojos llanto do quier.

Siento que el *todo* que ella tenia como un recuerdo de eterna fé, para más prueba de mi falsa ingrato amante yo la robé.

JEROGLÍFICO



(Las soluciones en el número próximo.)

ANUNCIOS

AL PUBLICO EN GENERAL.



Alemania, Inglaterra, Francia, Rusia, Suecia y Bélgica poseen sus descubrimientos, á los que se han tributado homenajes más ó menos merecidos. De nuestra moderna invencion se han ocupado más de 60 periódicos ilustrados. Leed lo que decía *La Regeneracion* en 6 de abril último:
ACEITE DE BELLOTAS.

«Cada día se estiende y generaliza más el uso de este precioso aceite, á la vez utilísimo como cosmético y como medicamento, pues no solo conserva, fortifica y hace crecer el cabello, sino que cura muchas dolencias de la cabeza, y principalmente las erupciones herpéticas. En prueba de ello, hemos tenido el gusto de leer numerosas cartas dirigidas á su inventor, el laborioso español D. Manuel Lopez de Brea y Moreno, por personas de todas clases y categorías, manifestándole su gratitud por los benéficos resultados que han obtenido por esta invencion, ya recobrando el cabello que habian perdido, ya evitando una canicie prematura, ya tambien librándose de afeciones cutáneas que habian resistido á los más enérgicos y preconizados remedios. En su vista, es de esperar que el *Acete de bellotas* llegue á figurar en todos los locales con preferencia á los demás cosméticos que nos vienen del extranjero, y que de cierto no son tan eficaces, ni sobre todo tan inocentes.—Se vende en la calle de Jardines, núm. 5, Madrid, á 6, 12 y 18 rs. frasco.»

PUNTOS DONDE SE VENDE NUESTRO PROCEDIMIENTO.

En P. quiere decir perfumería, la F. farmacia, la D. droguería, y la C. comercio.

Albacete, P. de Martínez; Almería, F. de Moya; Alicante, F. de Soler y R. Hernandez; Avila, C. de Gutierrez; Antequera, F. de Rios; Algeciras, F. de Utor; Ceuta, F. de Utor; Habana, P. de Matas; Palma, P. de Canals; Barcelona, F. de Borrell, del Globo, de Montserrat y P. de Torres; Badajoz, F. de Ordonez; Burgos, C. de Moliner; Baeza, C. de Garzon; Burgo de Osma, F. de Rica; Cádiz, P. de Rey; Córdoba, F. de Montilla; Coruña, F. de Moreno; Cuenca, C. de Gomez; Cáceres, P. de Vinegra; Ferrol, D. de Galan; Jaen, F. de Alvar; Jerez de la Frontera, F. de Gonzalez y P. de Dez; Lérida, F. de Abadal; Mahon, F. de Bofill; Málaga, F. de Navas y P. de Castilla; Murcia, C. de Almazan; Oviedo, F. de Santa Marina; Orihuela, P. de Matos; Pamplona, P. de Rasquin; Plasencia, P. de Pozueta; Palencia, P. de Fontana; Quintanar de la Orden, D. de Villacañas, P. viuda de Gullí; Reus, F. de Andreu; Sevilla, P. de Perrier y de Pinto; Santander, P. de Alonso; San Sebastian, P. de Aysstarán; San Fernando (isla), P. de Miralles; Soria, P. de Losada; Salamanca, F. de Villar y D. de Villar; Segovia, C. de la viuda de Cibatti; Toledo, F. de Martin y Duque; Tortosa, P. de Villanadas; Tarragona, F. de Cuchi; Tuy, F. de Amodeo, hermano; Ubeda, F. de las Penas; Vigo, D. de Pardo; Vitoria, P. de Blanco; Valencia, P. de Melendez y F. de Vidal; Valladolid, P. del Ramillete Oriental; Zaragoza, P. de Larroque, de Barril y de Jordan; Zamora, F. de la viuda de Escerra.
 Los pedidos al inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de SS. AA. RR.

TERMAS DE MATHEU EN ALHAMA DE ARAGON

TOCANDO CON LA ESTACION DEL CAMINO DE HIERRO.

La pulverizacion de los 222 litros por segundo del agua calificada de termo-acidulo-carbónico-ferrosa-azoadada que se precipita en la gran cascada, cura radicalmente la coqueluche por medio de las inalaciones, que son igualmente un poderoso remedio para las enfermedades de los órganos respiratorios. Encima de los establos de vacas hay habitaciones para los que necesitan respirar una atmósfera saturada con los gases de aquellas. Las aguas tienen un gusto exquisito: tomadas en baño é interiormente curan el reuma, cualquiera que sea su procedencia; así como la parálisis, enfermedades de la orina, de la matriz, del estómago, las heridas producidas por arma de fuego ó blanca, aunque haya carie en los huesos, y otros males. Los precios de alojamiento y comida varían de 20 rs. á 50. Los jardines, frondosas alamedas y paseos, el gran lago termal con sus cinco falúas, y otras distracciones, hacen agradable la estancia en esta deliciosa finca.—5.

BAZAR DE CALZADO

Calle de la Montera, núm. 2.

Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y satén, charol y chagren, becerrillo fino y cabritilla, etc., etc. Lo más elegante de construccion alemana. Precios moderados.

BAÑOS

NO MAS TUFO EN LAS HABITACIONES.

Ave-Maria, núm. 11, tienda de Marin.

Se venden y alquilan baños de zinc y de hoja de lata, con estufas ordinarias y de las que no dan tufo, como en años anteriores, que en atencion á las circunstancias y á las muchas aguas que posee hoy Madrid, serán sus precios muy económicos.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.